

## Enfilando octubre

Carmen estudió en un internado.

En cuanto lo supe pensé en los colegios ingleses de las novelitas de mi adolescencia, imaginándola en alguna vieja casona al estilo de “Rebeca”. Es una imagen que, a pesar de los años de convivencia en común, se me ha fijado en la cabeza.

Eso y lo de que le cuesta enfilear el mes de octubre.

Jamás me lo ha contado, pero sé – Bilbao es ciudad pequeña *cocedora* de rumores- que algo terrible le sucedió en octubre. Algunos malintencionados hablan de un sortilegio mal hecho que provocó el desamor de su primer amante. Otros, de imaginación más sangrienta, insinúan un crimen no resuelto. Ella, cuando dejó caer algún comentario en uno u otro sentido, rumia en silencio. A veces, sonrío y en ocasiones me mira con dureza, pero siempre calla.

Asegura que jamás podrá aprender el lenguaje de signos, una espinita clavada en su orgullo y su currículum, pero yo creo que sus gestos sí hablan. Incluso cuando sonrío y calla.

También cuando me mira duramente.

Hace cuatro años que compartimos casa y libros. Su espacio esta siempre ordenado, su tiempo organizado. Mi tiempo y mi espacio, como mis relatos, en desorden. Cuento el final, me reitero y narro a trompicones, me disperso, vuelvo... Como ahora, que escribo y escucho, hablo y al leer lo escrito, tacho, cambio, corrijo. Levanto laminada y la veo a ella, aplicada, escribiendo, midiendo palabras, enhebrando emociones, buscando sonoridades.

Y, de nuevo, me la imagino en una ordenada –por ley- habitación de mansión inglesa, contando con los dedos porque el cálculo jamás se le ha dado bien y debe aprobar aritmética si quiere que sus padres le regalen el libro que ha pedido para navidad.

Fue en el internado, me aseguró una noche en un cuento, donde aprendió a hacer sortilegios y conjuros.

**De Llum para Carmen.**